



Javier Domínguez
Ingeniero de Telecomunicación.

Cuestión de nubes Un plural con retranca

El imaginario 'la nube' da mucho juego como símil de espacio en Internet. Estamos inmersos en una campaña que advierte de su colapso y que impulsa la creación de una nueva constelación de 'nubes bajas'.

Acertó quien propuso 'la nube' para imaginar el espacio que almacena y procesa los datos y archivos que ubicamos en Internet. En poco tiempo se ha convertido en una referencia universal. Incluso figura como acepción en el 'Diccionario de la Lengua Española'. Para alcanzarla solo es preciso disponer de un dispositivo inteligente y pagar el peaje a un operador de servicios.

La ficción resulta más verosímil cuando el acceso a 'la nube' se hace por medios inalámbricos, pero la narración se complica cuando intentamos describir la conexión utilizando algo tangible como un cable de fibra óptica o de cobre. En cualquier caso, esta singular 'nube' atesora nuestra vida digital, de cuya investigación y comercialización algunos obtienen pingües beneficios.

Últimamente surgen comentarios alarmistas sobre el colapso de 'la nube'. Nos advierten de que el aumento explosivo de los dispositivos conectados a Internet y la necesidad de reducir el tiempo de respuesta, exigen evolucionar de un modelo centralizado del análisis de los datos (cloud computing) a otro con tareas distribuidas por la periferia (edge computing).

Cuentan que, para ello, hay que crear una constelación de 'nubes bajas' que facilite el acceso y el procesamiento casi inmediato de la información.

Algunos hablan de 'niebla' para situar el imaginario de 'nubes bajas' lo más próximo posible a los dispositivos. Me parece un símil desacertado, y no por su tenebrosidad, sino porque si nos quedamos a ras del suelo y no ampliamos el nivel de captación careceremos de los datos necesarios para contextualizar y mejorar la fiabilidad de las predicciones de los algoritmos.

Intuyo que en la nueva constelación habrá 'nubes' de diferentes tipos y tamaños. Se irán formando y combinando según sea la naturaleza y concentración de la información y de los resultados que se desee obtener. Algo similar a lo que sucede con la ingeniería de las redes móviles: el núme-

ro y tamaño de las 'células' de cobertura depende de la distribución del tráfico. Así, no es de extrañar que 'nubes' y 'células' formen alianzas bien avenidas.

En mi empeño por justificar el acierto del símil 'la nube' me atrevo a jugar con las ocurrencias que inspira su plural: 'Estar por las nubes', cuando pienso en la elevada inversión que implicará el despliegue y la seguridad de la edge computing; 'Poner por las nubes', al valorar el atractivo y prestigio de la actividad en este ámbito profesional; 'Ponerse por las nubes', por el enojo que provocará la caída de alguno de los sistemas que configurarán la constelación; 'Vivir en las nubes', si considero lo alejada que está la etérea 'nube' de la realidad tecnológica (redes, servidores para almacenar y procesar la información, y algoritmos). Ya ven, uno ha de convivir con sus contradicciones. ■

Intuyo que en la nueva constelación habrá 'nubes' de diferentes tipos y tamaños. Se irán formando y combinando según sea la naturaleza y concentración de la información y de los resultados que se desee obtener